

HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



Capítulo 34

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas
Alberto Adriánzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a Valentín Paniagua Corazao

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP
Primera edición, noviembre de 2010
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

VALENTÍN, PROTAGONISTA DE LA HISTORIA

Luis Solari de la Fuente

No tuve la suerte de otros de conocer personalmente a Valentín Paniagua Co-razao antes del año 2000. Le conocía solamente de nombre, por su importante rol en la escena política nacional y su presencia muy cercana al presidente Fernando Belaunde Terry. Aún después de nuestra elección como congresistas de la República para el período julio 2000-julio 2005, no tuvimos una cercanía hasta que se inició la Mesa de Diálogo de la Organización de los Estados Americanos (OEA).

La Misión de Observación Electoral de la OEA para las elecciones de 2000 —presidida por el ex Canciller de Guatemala, Embajador Eduardo Stein— se encontraba en el proceso de perfeccionar el software electoral, luego de la primera vuelta, cuando en una de las sesiones conjuntas de trabajo con el organismo electoral, alrededor de diez días antes de la segunda vuelta, este le anunció que se utilizaría otro software.

Es entonces cuando la citada Misión emitió un comunicado señalando los riesgos del proceso y anunciando su retiro del Perú. Luego de tal anuncio, el candidato opositor decidió no participar en la segunda vuelta al considerar que no existían condiciones para calificarla como limpia y justa.

También la Unión Europea decidió no estar presente en la segunda vuelta, que se celebró el 28 de mayo de 2000, sin participación de la oposición.

Es indispensable recordar que la dictadura no solo se había distanciado de la comunidad internacional, sino que además esta miraba con extrema cautela al gobierno peruano. Un hecho muy significativo fue cuando el entonces gobernante decidió no esperar hasta después del 28 de julio de ese año para ser reconocido como Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional. Adelantó la ceremonia, y la mayoría de los embajadores extranjeros acreditados en el Perú no asistieron. Esta fue una señal clarísima de que empeoraban rápidamente las relaciones entre el régimen y la comunidad internacional.

Luego de la catástrofe política que le había significado a Fujimori la segunda vuelta, era claro que había adelantado el mencionado reconocimiento para fortalecer su posición interna, en vista de que estaba *ad portas* la XII Cumbre de Presidentes Andinos, que se llevaría a cabo en Lima el 9 y 10 de junio de ese año.

Cuando comenzó dicha Cumbre, ya se había realizado la XXX Asamblea General de la OEA en la ciudad de Windsor, Canadá, del 4 al 6 de junio, donde se había aprobado la histórica Resolución 1753, mediante la cual la Asamblea acordó enviar al Perú —de inmediato— una misión integrada por el presidente de la Asamblea General y el Secretario General de la OEA, «con el fin de explorar, con el Gobierno del Perú y otros sectores de la comunidad política, opciones y recomendaciones dirigidas a un mayor fortalecimiento de la democracia en ese país, en particular medidas para reformar el proceso electoral, incluidos la reforma de los tribunales judiciales y constitucionales y el fortalecimiento de la libertad de prensa».

En la Cumbre de Presidentes Andinos, el régimen hubo de escuchar pasajes incisivos del discurso del presidente de Colombia, don Andrés Pastrana, sobre la decisión de la Asamblea de la OEA, además de su indicativa actitud gestual durante la lectura de los párrafos pertinentes. Esto confirmaba la preocupación internacional por el deterioro de la democracia en el Perú.

Finalmente, después de la visita de la misión de la OEA y la cooperación del Gobierno de Canadá y su Embajada en el Perú, la Mesa de Diálogo y Concertación para el Fortalecimiento de la Democracia en el Perú, más conocida como la Mesa de Diálogo de la OEA, se inauguró el 25 de agosto de 2000, con una agenda de veintinueve áreas temáticas y el propósito de presentar conclusiones antes del 30 de marzo de 2001.

La mesa estaba constituida en forma cuadrangular, en el salón más grande del hotel Country Club en Lima. De espaldas al ventanal que da al jardín interior del hotel, se ubicaba la conducción de la mesa, a cargo del ex Canciller dominicano Eduardo La Torre, que era acompañado por diversas personas vinculadas a tal menester, como por ejemplo el embajador de Canadá, Graeme Clark. En el lado ubicado frente a la conducción, se ubicaban los representantes de las diversas organizaciones civiles, así como la Defensoría del Pueblo y la Conferencia Episcopal Peruana.

En el lado izquierdo (desde la conducción), se ubicaban los partidos democráticos, mientras que en el lado derecho estaban los representantes del gobierno. En una mesa lateral, se ubicaban las personas ocupadas de dar soporte técnico, incluido personal canadiense.

Antes de cada sesión, generalmente citada para las tres de la tarde, los partidos nos reuníamos a la una en el mismo hotel, para una sesión almuerzo en el

comedor privado del restaurante, que tiene una mesa redonda. Algo tan simple como una mesa circular, sin asiento principal, fue uno de los primeros elementos intangibles que facilitarían el acercamiento y encuentro entre quienes tuvimos la responsabilidad de defender la democracia en ese crucial momento de nuestra historia.

Es ahí donde se inicia la amistad con Valentín, esencialmente conducida por un proceso de progresiva mutua identidad.

Sin duda, de los representantes de los partidos, él era el más versado en materia jurídica, así como también el de mayor trayectoria política en el tiempo. Lo que no había obtenido en votos, ya que había sido elegido con solo 14.335, lo tenía de lejos en sapiencia jurídica y política.

Además, era el único que tenía experiencia de dos gobiernos, aparte de haberle tocado vivir una época brillante de nuestra historia política: el tránsito de lo que fuera la convulsa vida política nacional de la primera mitad del siglo XX, hacia la segunda mitad, en que surgieron nuevas fuerzas políticas impregnadas de humanismo cristiano, de lo cual fue protagonista.

Después de las elecciones, mientras en lo visible iban sucediéndose los numerosos acontecimientos que culminarían en la Marcha de los Cuatro Suyos y el retiro de la oposición antes de la juramentación presidencial en el Congreso, la conducta de la dictadura ocasionaba de manera invisible un acelerado acercamiento y entendimiento de los partidos democráticos.

Las diferencias pre electorales entre los partidos democráticos fueron rápidamente sustituidas por un estandarte común: trabajar unidos para enfrentar a la dictadura. Lo interesante del momento es que no se hablaba de metas, sino fundamentalmente primaba la construcción compartida del momento; se labraba la identidad.

En tales circunstancias, y por las cualidades antes señaladas, Valentín se convertiría en una suerte de líder tácito del grupo. Es por ese consustancial liderazgo que posteriormente, en noviembre de 2000, los partidos democráticos lo convertirían en presidente del Congreso y, así, en Presidente de la República.

Es muy importante que se conozca bien que en su elección no hubo componendas ni tomas y dacas, sino que ella devino de un proceso político en el que los demás actores —sus pares— le reconocieron como líder.

Es bueno recordar el rol del ascendiente en el liderazgo. Los cargos por sí solos no conceden liderazgo, únicamente conducción; cuando el cargo proviene de un proceso de construcción de ascendiente hacia los dirigidos, este es el que origina al liderazgo. En suma, el verdadero líder es el que conduce sustentado por el ascendiente.

El gobierno transitorio hubiera estado pleno de luchas intestinas si el lugar que le tocaría ocupar a Valentín no hubiese provenido del camino descrito.

La Mesa de Diálogo de la OEA tuvo dos etapas definidas: en la primera —desde su instalación hasta fines de octubre— la dictadura presentó la propuesta de impunidad penal, civil y administrativa para sus funcionarios, la que fue rechazada por los partidos democráticos y motivó la principal crisis de la Mesa, que llevó a la suspensión de las sesiones y a la visita del Secretario General de la OEA, el ex presidente colombiano César Gaviria.

La segunda etapa es la que transcurrió desde ese momento hasta ya iniciado el gobierno de transición, e incluye el tiempo de la debacle del régimen.

Tanto en nuestras sesiones almuerzo como en la Mesa de Diálogo, así como en los debates internos de los partidos durante los intermedios de los debates en la misma, Valentín siempre tuvo un rol destacado.

Entre varios momentos, recuerdo el debate en la Mesa para la desactivación del Servicio de Inteligencia Nacional, que incluía un mecanismo de rendición de cuentas al Congreso. El régimen quería que tal rendición fuese ante la Comisión de Defensa Nacional, Orden Interno e Inteligencia, que él mismo presidía y controlaba. Valentín me refirió su fastidio —compartido por los demás— porque un miembro de nuestro grupo de partidos estaba de acuerdo con ese planteamiento. Era el intermedio de la sesión; debatíamos internamente el tema en la esquina izquierda del salón cuando él expresó uno de sus conocidos «¡de ninguna manera!». Finalmente, el gobierno tuvo que aceptar que sería una comisión especial; luego esto se consagró en la Ley 27351, promulgada el tres de octubre.

Es indispensable recordar que la mencionada desactivación fue impulsada por la difusión del internacionalmente famoso video filmado en la salita del Servicio de Inteligencia, que mostraba a un congresista de la oposición recibiendo dinero del *factótum* del régimen, y que revelaba cómo el gobierno había obtenido su mayoría en el Congreso.

Singular lucimiento tuvo Valentín cuando se trataron los temas vinculados al sistema de justicia. Sin duda era el mejor en toda la Mesa. Esto quedaría demostrado cuando, por su perfección, todos los acuerdos referidos a dicho sistema fueron transformados en leyes por el Congreso de la República.

El tercer momento memorable fue cuando el régimen, por medio de su ministro de Justicia, planteó el 20 de octubre la impunidad total de sus funcionarios. Recuerdo claramente que no fue directamente en la Mesa, sino en la famosa esquina izquierda del salón, en otro de esos intermedios, donde el ministro se dirigió y literalmente planteó —enfaticando que hablaba en nombre del gobernante— un acuerdo de «punto final». Como el tiempo nos ganaba,

volvimos al debate que se venía desarrollando en la Mesa, que era sobre otros temas.

Entonces, el representante de la OEA, conductor de la Mesa, organizó una reunión entre los delegados del régimen y los de los partidos democráticos, que se llevó a cabo en un salón de un hotel vecino al Country. Ahí escuchamos detalladamente el planteamiento del gobierno; se les expresó que teníamos que recibir el texto escrito con la propuesta exacta, con lo cual los representantes del régimen se retiraron. Como no era una sesión oficial de la Mesa, pedimos al representante de la OEA que nos dejase para debatir el tema. Apenas quedamos en privado, se decidió rechazar la propuesta, siendo Valentín uno de los más enérgicos en tal rechazo.

Fue necesaria la presencia del Secretario General de la OEA para que se reiniciasen las sesiones de la Mesa, por supuesto, luego del retiro de la propuesta de impunidad.

Para entonces ya teníamos claro que además de la prudencia y la riqueza conceptual que caracterizaba sus intervenciones, Valentín también poseía la fuerza de carácter indispensable para aglutinar a las fuerzas democráticas en los episodios que ocurrirían el siguiente mes.

Noviembre parecía interminable. Comenzó con la renuncia de la Fiscal de la Nación; luego seguiría la del jefe de la Oficina de Procesos Electorales. A la promulgación de la reforma constitucional recortando el mandato presidencial en curso, seguiría la convocatoria a elecciones generales para el 8 de abril de 2001.

En la sesión matinal del Congreso de la República, el 13 de noviembre, se debatió la moción de censura a su presidenta, que fue aprobada con 64 votos a favor y 51 en contra, sin abstenciones. Inmediatamente, la primera vicepresidenta declaró la vacancia del cargo, convocándose a elecciones para elegir al sucesor, dándose inicio al episodio más importante de la vida política de Valentín.

Ese día, el jefe del régimen iniciaría su viaje sin retorno, con el pretexto de viajar a Brunei para asistir al Foro Económico Asia Pacífico.

Valentín, político de trayectoria, me decía que correspondía al principal partido opositor designar a uno de los suyos para presidir el Congreso. Yo había sido contendor para ese cargo en el mes de julio, y reconocía que la fractura del Congreso requería no solamente de alguien que no estuviese políticamente vinculado a ese partido opositor, sino que reuniese condiciones y liderazgo —sin anticuerpos— en la oposición, que únicamente poseía Valentín.

Algunos, que obviamente no estuvieron presentes en el proceso de la Mesa de Diálogo, no pudieron entender por qué escogimos a Valentín. La circunstancia, el proceso, la historia, le entregaron la ocasión de liderar; él no tomó

por sí mismo esa oportunidad, sino que todos a quienes él se había mostrado se la entregamos. Con lo mucho que sabía, nunca alardeó; en la Mesa y fuera de ella, se comportaba como uno más, con la particularidad de la prudencia y la humildad. Me consta.

El proceso interno en la oposición no fue complicado. Solo había dos posibilidades: Valentín o un candidato designado por la principal fuerza opositora. Con los otros dos delegados del principal líder opositor, salimos de madrugada de la reunión de los partidos democráticos, para continuar nuestra reunión interna. Como a las cuatro de la madrugada, desde unos de esos restaurantes que venden caldo de gallina, telefoneamos al líder de la oposición para informarle de la situación y darle nuestras conclusiones acerca de por qué Valentín reunía las mayores condiciones para ganar la elección. La circunstancia era tan delicada que no podía haber ningún riesgo de perder. El Perú estaba primero.

Así, Valentín, a pesar de su humilde resistencia, tuvo que aceptar ser nuestro candidato para presidir el Congreso.

A las seis de la mañana, desde el automóvil, como secretario general del principal partido opositor, llamé al asesor del grupo parlamentario para que se dirigiera al Congreso y preparara el documento de la inscripción de la candidatura de Valentín. Iba ya camino al Congreso, por la vía de evitamiento, cuando escucho en la radio del auto una entrevista a un líder de otro partido de oposición, que declaraba estar en el «zanjón», camino a inscribir al candidato. Finalmente, suscribí el documento e inscribí la candidatura. Un poco más tarde llegaría el otro viajante y firmaría el documento, pero estampando su firma arriba de la mía. Después, con Valentín, reiríamos recordando el anecdótico episodio, pues buen humor le sobraba.

El jueves 16 de noviembre, con 117 congresistas presentes, Valentín obtuvo los 64 votos que lo convirtieron en presidente del Congreso de la República. Ese año 2000, él cumpliría 64 años.

Recuerdo, como si fuera ayer, que al acercarme a felicitarle le dije: «Valentín, dejo constancia de que esto ha sido sin pedir nada a cambio»; «Gracias, Lucho» respondió, y nos confundimos en un fraterno abrazo. Y así fue, nunca ningún partido democrático le pidió nada a cambio; no hacía falta, él comenzaba a entregar lo más importante, su vida.

Su contendor obtuvo 51 votos y hubo un voto en blanco y uno viciado. El resultado de la elección era idéntico al de la reciente censura de la presidenta. Se había consolidado una nueva correlación de fuerzas. Este fue el indicio más importante de que estaba consumado el derrumbamiento del régimen.

Así también lo entendió el jerarca viajero, que no regresó del Asia y mandó su renuncia por fax el 20 de noviembre. El Congreso de la República no aceptó

la renuncia y procedió a declarar su incapacidad moral, lo cual produjo automáticamente la vacancia del cargo de Presidente de la República.

El 22, luego de la renuncia del segundo vicepresidente de la República, encargado de la presidencia por anterior renuncia del primer vicepresidente, Valentín Paniagua asumiría la presidencia de la República. Comenzaría su discurso de instalación con esta frase: «Nace hoy un nuevo tiempo. Se cierra una etapa y se abre otra en la historia del Perú. Un sentimiento de fe anima los espíritus de la Nación y una ilusión, acaso excesiva, sacude a todos los peruanos». Así fue.

A pesar del jugueteo del régimen, la Mesa de Diálogo de la OEA no solo había sido un medio para la reconstrucción y reinstitucionalización de la democracia y una demostración de que los estandartes comunes unen a las fuerzas democráticas de una nación. También había sido un lugar de aprendizaje de una nueva conducta social: ante la evidencia de que en el mundo actual la arena política no es más patrimonio exclusivo de los partidos políticos, las instituciones y organizaciones civiles y los partidos aprendieron a compartir esa arena.

Estando la Mesa en su fase conclusiva, y por las razones descritas, conversamos mucho con Valentín la posibilidad de convertirla en un espacio permanente. Vinieron dos académicos canadienses para dialogar con diversos actores sociales y políticos. La conclusión fue que era inviable extenderla en el formato que tenía, pues la correlación original de fuerzas ya no existía.

Convencido Valentín de lo genial que había sido la experiencia vivida en la Mesa, él posteriormente convocaría una mesa de partidos, con participación de las organizaciones e instituciones no políticas como observadores. Luego de algunas sesiones, la cercanía de las elecciones generales 2001 impediría que continuara. Así se sentaron las bases del que posteriormente sería el Acuerdo Nacional.

No olvidemos que por una maliciosa interpretación del artículo 115 de la Constitución, mediante la Ley 27375, publicada el 5 de diciembre del 2000, Valentín estuvo impedido de viajar al exterior durante su mandato, para cumplir compromisos presidenciales. Obviamente su malestar no estuvo producido por no viajar, sino porque el proyecto de esa ley provenía de una fuerza supuestamente amiga.

Tanto esfuerzo, tantas luchas, tanto avanzar, para hoy terminar retrocediendo. ¿Qué diría Valentín?

Nuestro vínculo se estrecharía después de concluir su mandato presidencial, a pesar de volverse viajero por los numerosos compromisos que le surgieron, cuando la comunidad internacional conoció sus excepcionales dotes como persona y político, también como académico y conferencista.

Jamás imaginé que algún día Valentín se convirtiera en mi diaria compañía al escogerme como su médico. Cuánto afecto de la gente, de a pie o desde el auto, que al paso me decía: «¡Saludos a Paniagua!». Tan grande el dolor; más grande el honor del homenaje permanente de la memoria de los simples y sencillos que, como mi hijo menor, en sus oraciones encomiendan siempre a Valentín por su felicidad en la Eternidad.

Al que por ventura aún le quede alguna duda de quien era en verdad Valentín Paniagua Corazao, es menester recordarle las palabras de su alma, que cincelaron los muros del Congreso cuando entregara la banda presidencial:

Hace ocho meses, desde esta misma tribuna, anuncié que nacía un tiempo nuevo. Atrás ha quedado ya la imprecación indignada de ese «nunca más» que recorrió el país de uno a otro confín, esta es la aurora que no pudieron ver los que ofrendaron su vida o cayeron alentando la ilusión de este largo combate social. Este es el nuevo día que aguardaban los niños, los jóvenes, los trabajadores y las mujeres que marcharon cantando su esperanza en el fragor del combate democrático hace apenas pocos meses. Aquí están, vivos y palpitantes, su fe y sus sueños, animando nuestra irrevocable decisión de cambio e inspirando esta inmensa posibilidad que la historia ha puesto en nuestras manos, de hacer que el Perú sea un hogar cálido y generoso como siempre debió ser para todos sus hijos [...].

[...] Pero, sobre todo, mi gratitud imperecedera al pueblo del Perú que, en medio de la tempestad, no perdió jamás la ilusión, como no la perdieron los jóvenes y niños que, con su fresco entusiasmo, nos infundieron fuerza en la tarea. A todos ellos les pido, en esta hora, no desmayar en el empeño, sabiendo que el Altísimo no desoírará la plegaria de un pueblo que ama la paz y anhela la reconciliación, y que está decidido a reprender su camino en la historia, bajo la misma divisa que los padres fundadores inscribieron en el Escudo Nacional, como una apuesta y un anhelo de futuro que ahora repetimos como conjuro y como una clara determinación, para que el Perú sea siempre firme y feliz por la unión.

Mensaje del Presidente Constitucional del Perú,
Doctor Valentín Paniagua Corazao, ante el Congreso de la
República. 28 de julio de 2001.
Párrafos primero y penúltimo.